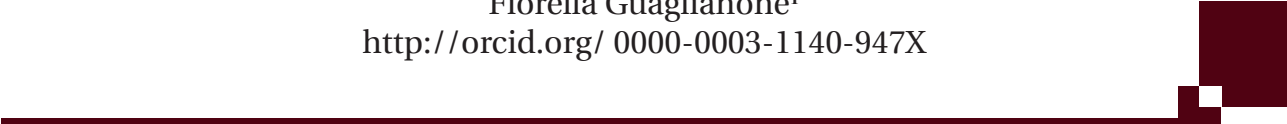


ALGUNAS REFLEXIONES EN TORNO A LAS POLÍTICAS DE LA NEGATIVIDAD EN EL GIRO ANTI-SOCIAL DE LOS ESTUDIOS QUEER Y DEL AFROPESSIMISMO NEGRO

SOME REFLECTIONS ON THE POLITICS OF NEGATIVITY IN THE ANTI-SOCIAL TURN OF QUEER STUDIES AND BLACK AFROPESSIMISM

Fiorella Guaglianone¹
<http://orcid.org/0000-0003-1140-947X>



RESUMO

Este artigo explora as relações entre duas perspectivas críticas sobre as políticas de hegemonia nos movimentos LGBT e antirracistas: a virada antissocial da teoria queer e o afropessimismo nos estudos negros. Ambas as teorias partilham um interesse em compreender a negatividade e o seu significado dissolvente como inerente ao sexo e/ou raça, bem como uma visão anti-identitária, não relacional e inarticulável da queeridade e da negritude. Investigaremos a obra de Lee Edelman, central na virada antissocial da teoria queer em seu antirreprodutivismo e antifuturismo, provocando algumas interseções com o afropessimismo de Frank Wilderson III, que entende a negritude como uma posição estrutural de abjeção e morte social, irreduzíveis a articulações hegemônicas e contra-hegemônicas. Este diálogo leva-nos à questão de saber se é possível encontrar uma dimensão generativa da política, para além da recusa dos autores em seguir esta direção.

Palavras-chave: afropessimismo, anti-socialidade, políticas da negatividade radical.

RESUMEN

Este artículo explora las relaciones entre dos perspectivas críticas de las políticas de la hegemonía en los movimientos lgbt y antirracistas: el giro anti-social de la teoría queer y el afropesimismo en los estudios negros. Ambas teorías comparten un interés por comprender la negatividad y su sentido disolutorio como inherente al sexo y/o a la raza, así como

¹ Licenciada en Ciencia Política, Mágister en Estudios culturales y Doctoranda en Ciencias Sociales (Universidad de Buenos Aires, Argentina). E-mail: fiorella.guaglianone@gmail.com

una visión anti-identitaria, no relacional e inarticulable de la queeridad y la negritud. Indagaremos en el trabajo de Lee Edelman, que es central para el giro anti-social en la teoría queer en su anti-reproductivismo y anti-futurismo, provocando algunos cruces con el afropesimismo de Frank Wilderson III, que entiende la negritud como una posición estructural de abyección y muerte social, irreductible a las articulaciones hegemónicas y contra-hegemónicas. Este diálogo nos conduce a la pregunta por si es posible encontrar una dimensión generativa de la política, más allá del rechazo de los autores a seguir esta dirección.

Palabras clave: afropesimismo, anti-socialidad, políticas de la negatividad radical.

ABSTRACT

This article explores the relationships between two critical perspectives on the politics of hegemony in the LGBT and anti-racist movements: the anti-social turn of queer theory and Afropessimism in black studies. Both theories share an interest in understanding negativity and its dissolving meaning as inherent to sex and/or race, as well as an anti-identitarian, non-relational and inarticulable vision of queerness and blackness. We will investigate the work of Lee Edelman, which is central to the anti-social turn in queer theory in its anti-reproductivism and anti-futurism, provoking some intersections with the afropessimism of Frank Wilderson III, who understands blackness as a structural position. of abjection and social death, irreducible to hegemonic and counter-hegemonic articulations. This dialogue leads us to the question of whether it is possible to find a generative dimension of politics, beyond the authors' refusal to follow this direction.

Keywords: afropessimism, anti-sociality, politics of radical negativity

INTRODUCCIÓN: POLÍTICAS AFROPESIMISTAS Y ANTI-SOCIALES DE LA NEGATIVIDAD

En este trabajo exploraremos dos perspectivas críticas de las políticas de la hegemonía en los movimiento lgbt y anti-racista, presentando algunas relaciones entre el giro anti-social de la teoría queer y el afropesimismo en los estudios negros. Esta propuesta aparece motivado por dos aspectos que estas teorizaciones comparten: a) un esfuerzo por comprender la negatividad como disolutoria e inherente al sexo y/o a la raza y b) el sentido

epistemológico, filosófico y político con el que indagan en la cuestión de la abyección y lo abyecto, optando por comprender esa posición como anti-identitaria, no relacional e inarticulable. Hipotetizamos que se trata de cuestiones que se enmarcan, además, en una coincidencia onto-ético-epistemológica acerca de una política del desorden, la corrosión y la incoherencia.

Fundamentan estos entrecruzamientos, además, la reciente intención de los estudios negros queer a los estudios queer por encontrar antecedentes a través de una relectura del feminismo negro y de la crítica anti-racista. Esta intención se ordena principalmente en torno a una revitalización de los aportes de Fanon y Spillers y en el reconocimiento de cómo la problematización de las interacciones entre raza, clase y sexualidad fueron claves para el surgimiento de los estudios y activismos queer de los años ochentas (Bernini, 2020). Nos ocuparemos de una corriente particular dentro de este amplio terreno de conversación, siguiendo los posicionamientos anti-identitarios y anti-sociales de dos exponentes de los estudios negros y queer.

Las tesis antisociales en la teoría queer están ligadas, en una primera instancia, con la lectura que hizo Leo Bersani en *Homos* (1996) de las prácticas sexuales gay como anti-comunitarias y anti-relacionales y luego, más recientemente, con *No al futuro, La teoría queer y la pulsión de muerte* (2014) el libro de Edelman. Trabajaremos sobre este último por dos razones. La primera es que su intervención en los estudios queer inauguró un conjunto de debates de gran actualidad acerca de la anti-socialidad y las políticas de la negatividad en las disidencias sexuales. La segunda tiene que ver con la singularidad de una propuesta que liga anti-futurismo y anti-reproductivismo para una crítica de las políticas reformistas o integracionistas de los movimientos lgbt.

Para indagar en los estudios negros afro-pesimistas² nos enfocaremos en dos cuestiones que tienen algunos puntos de contacto con el giro anti-social: el rechazo a los discursos liberales en torno a la comunidad, la inocencia y la justicia como espacio de disputa de la política anti-racista y la comprensión de la negritud como una posición estructural –no una identidad ni un actor social– en una semántica del mundo que se produce en esa exclusión constitutiva. Repondremos el abordaje teórico que hace Wilderson en *Red, Black and White* (2010) de la negritud y la esclavitud porque entendemos que en él se encuentran formuladas las preguntas por la posición estructural negra y por la posibilidad de la hegemonía en un sentido que habilita muy productivamente su entrecruzamiento con el giro anti-social. Wilderson se posiciona contra cualquier política afirmativa de identidad negra argumentando que existe un problema de orden ontológico que debe ser analizado interpretando al poder como algo más que una serie de actos discriminatorios plausibles de ser modificados o suspendidos con repertorios de conciliación, consenso o reparación.³

2 Nos referiremos a los trabajos de Jared Sexton (2008), Frank B. Wilderson (2010), Hortense Spillers (2009) y Saidiya Hartman (2010).

3 El término afropesimismo no remite a las discusiones acerca de las desigualdades o las posibilidades del desarrollo económico en África sino a su reutilización, en la primera década del siglo XXI, por una nueva generación de académicos estadounidenses en el campo de los estudios culturales y negros.

En este marco, en los párrafos que siguen abordaremos algunos aspectos de la relación entre política y abyección, señalando matices, cercanías y distancias entre los dos autores analizados, con la intención de clarificar en qué direcciones es trazada esa relación y cuáles son sus alcances epistemológicos. En un primer apartado, nos detendremos en explorar cómo construyen los autores a la queeridad y la negritud, respectivamente, como encarnación de la pulsión de muerte (Edelman) y de muerte social (Wilderson). Luego expondremos bajo qué conceptualizaciones sostiene la imposibilidad de la hegemonía de la negritud o la queeridad. Y, finalmente, a modo de conclusión, propondremos algunas líneas sobre las que pensar una dimensión generativa de la política.

NEGRITUD, QUEERIDAD Y ABYECCIÓN: CONTRA LAS POLÍTICAS DE LA HEGEMONÍA

¿Qué quiere el hombre? ¿Qué quiere el hombre negro? Aunque me exponga al resentimiento de mis hermanos de color, diré que el negro no es un hombre.

Frantz Fanon

Pero si el recto es la tumba en la que es enterrado ese ideal masculino de subjetividad orgullosa (un ideal compartido –de distinta forma– por hombres y mujeres) entonces debería ser celebrado, precisamente, por ese potencial de muerte.

Leo Bersani

El trabajo de Edelman (2014) suscitó una serie de interrogantes que, en distinta dirección, estuvieron guiados por la tendencia a recomponer la relación, impugnada por el autor, entre la queeridad y una política afirmativa. Para responder a Edelman se produjeron diferentes posicionamientos que intentaron, con mayor o menor ahínco, recomponer esta relación. Halberstam, por ejemplo, sin desligar completamente queeridad de negatividad, propone distinguir los efectos de la anti-socialidad para las disidencias sexuales y el sentido filosófico y psicoanalítico de la interpretación de las relaciones simbólicas, haciendo un doble movimiento: rastrea, por un lado, formas de la negatividad y la anti-socialidad que si bien se dirigen contra el sistema dominante lo hacen como inversiones simples de la autoridad masculina y, por otro lado, propone realizar un abordaje explícitamente político del proyecto anti-social que se vincule con las narrativas anti-coloniales y lesbianas y con sus rangos particulares de respuestas afectivas. Muñoz, en cambio, opta por posicionar a la queeridad en un terreno marcadamente diferente al de la pulsión de muerte y la negatividad, acercándose a lo queer como idealidad, pasado ya-no-consciente y utopía. La queeridad está ligada íntimamente no a la pulsión de muerte sino al impulso utópico diciendo simultáneamente dos cosas “en mi reloj, antes éramos queer” (Muñoz, 2020, p.19) y “lo queer está siempre en el horizonte” (Muñoz, 2020, p.17). Ambas respuestas

tienen una preocupación que Edelman no expresa en sus teorizaciones, la de la relación histórica entre raza y sexo.⁴

La apuesta de Edelman tiene que ver, en cambio, con la renuncia a una ontología política de cohesión social a la que nombra como *futurismo reproductivo*: la tendencia, omnipresente en el debate político, a colocar la figura del Niño como beneficiario fantasmático de toda intervención sobre el presente; una invocación del Niño que es problemática en tanto clausura de la queeridad. Clausura que se produce según el autor porque constituye una producción del universo de lo abyecto, ubicado psicoanalíticamente en el exterior constitutivo de la pulsión de muerte como queer o como espacio de la queeridad (Edelman, 2014). Edelman pone en relación queeridad y pulsión de muerte afirmando que la primera figura en el orden de lo social, lo que la segunda en la lógica de lo simbólico. “La negatividad que se opone a toda forma de viabilidad social” y el “exceso inarticulable que desmantela al sujeto desde dentro” (Edelman, 2014, p. 28). Lo queer “representa la barra sobre sobre cualquier realización de la futuridad; la resistencia, interna a lo social, a toda estructura o forma social” (Edelman, 2014, p. 28). Esa lectura de la política queer implica, además, una propuesta programática: adoptar la negatividad de lo queer. Su fundamento es de orden lógico: cualquier dimensión afirmativa de la política hace abyecta a la queeridad. Rechazar la afirmación es una tarea que se toca con la imposibilidad porque el mandato simbólico de la política es el de darle forma a la fuerza pulsional de la negatividad, positivizarla. Edelman sostiene:

(aunque como sujetos simbólicos destinados a figurar la ruina de lo Simbólico estemos sujetos a la necesaria contradicción de intentar volver su inteligibilidad contra él mismo), podríamos de forma figurada dar nuestro voto a «ninguno de los anteriores», dando la primacía a un *no* constante en respuesta a la ley de lo Simbólico, lo que evocaría el acto fundacional de esa ley, su negación auto-constituyente (Edelman, 2014, p. 22).

Su utilización de Lacan, a diferencia de otros usos, se caracteriza más por atender a la función del exceso y la *jouissance* que a su ordenamiento imaginario o simbólico, a sus positivizaciones o coagulaciones. La queeridad en Edelman se comporta como pulsión amenazando con corroer la fantasía, por la que compiten todas las perspectivas políticas, de dejar fuera el vacío que el significante instala en el núcleo de lo Simbólico. Figurando lo aberrante y lo abyecto, la queeridad rechaza cualquier esperanza de acceso al significado y desinvieste la política de la fantasía de la forma y de la estabilidad de las identidades y las totalizaciones imaginarias. No se comporta como una ausencia o una carencia (como puede presentarse el deseo), sino como un exceso imposible que emerge en relación con un *excedente* constitutivo. “La pulsión ocupa el lugar de eso que el significado no captura, (...). Y la política, oponiéndose a la negatividad de tal pulsión, nos ofrece la historia como la escenificación continua de nuestro sueño de una eventual auto-realización,

⁴ Edelman se interesará en esta relación, mencionando incluso el trabajo de Wilderson, en una publicación reciente, *Bad education: Why Queer Theory teaches us Nothing* (2023). Sin embargo, no es la raza un elemento de análisis en la lectura anti-futurista de la queeridad que marca los debates del giro anti-social.

reconstruyendo sin cesar en el espejo del deseo eso que tomamos por la realidad misma” (Edelman, 2014, p.29).

En Wilderson, la negritud es también una posición de abyección y negatividad radical. Su historia es la de la esclavitud, entendida como un *holocausto metafísico* en la que son creados, al mismo tiempo, el mundo y el negro.⁵ La *slavness* (historia de la esclavitud y condición de esclavo) remite a dos cuestiones que tienen profundas implicancias en términos de teoría cultural del racismo y de epistemología política. La primera es que la esclavitud es radicalmente diferente al trabajo porque está constitutivamente vinculada a la acumulación y la fungibilidad de los negros y, la segunda, que es contemporánea y central para la vida, la existencia, de la sociedad civil. Dice Wilderson que la esclavitud, como relación de propiedad (entre blancos y negros) produce una relación de violencia estructural que se reordena, pero que no se suspende, con su abolición. ¿En qué sentido la esclavitud sigue siendo estructurante para las relaciones sociales entre diferentes posiciones raciales?

En primer lugar, podríamos decir que se trata de una violencia distinta a la que se ejerce sobre la clase trabajadora, las mujeres y los nativoamericanos. En Wilderson, el esclavo es apropiado en cuanto tal, no en su fuerza de trabajo. También, una violencia distinta a la que produce otras razas: la violencia contra los nativoamericanos fue una usurpación cartográfica, que tenía como objetivo apropiarse del territorio, mientras que la que se ejerce contra el negro es sobre su ser y su vida. Y a diferencia de la mujer, el negro no tiene nada *tangible* a lo que renunciar porque su existencia cumple otra función: las categorías no-negras se definen frente a la negritud que no son. Tres elementos definen al esclavo como tal: está abierto a la violencia gratuita, alienado desde el nacimiento y deshonrado ontológicamente. La violencia que se aplica contra él da coherencia a las vidas no-negras; las estructuras retóricas y los deseos políticos de mujeres blancas, inmigrantes y trabajadores tiene como condición de posibilidad a la negritud/esclavitud

Así es que se produce la coherencia del discurso moderno. El mismo depende de juegos de diferencias que funcionan sobre dos ejes: uno histórico y otro antropológico. El histórico está compuesto por códigos distribuidos a lo largo del eje de la temporalidad y los acontecimientos. El antropológico, en cambio, son códigos de diferencias culturales. Sin inscripción en estos dos ejes se está fuera de la semiótica de la sociedad civil. El negro no posee un código para cada eje es, al mismo tiempo, un pasado sin herencia y una comunidad psíquica pero no política; un ser fuera de la relacionalidad. Es un anti-humano frente al cual el humano establece, mantiene y renueva su coherencia. No hay, desde esta perspectiva, esclavos (negros) en el mundo sino que sin esclavos (negros) no hay mundo. El negro es un ser para el captor porque su propio cuerpo hace posible la integridad corporal humana. La insistencia en leer a la negritud como esclavitud y al negro como antítesis del sujeto humano implican una interpretación particular de la estructura de sentimientos y

5 No hay marcación sexo-genérica para Wilderson porque como anti-humanos lo que engendran son objetos fungibles y acumulables que se diferencian por sus funciones procreativas pero que, como retoma de Spillers, se definen por su posición ontológica (*ser para el captor*).

la economía libidinal de la política donde importa menos su dimensión performativa –el efecto de prácticas represivas reiteradas- y se exalta la estructuralidad epistemológica. La abyección negra es muda: carece de capacidad ontológica, de agencia e incluso de pensamiento. Siguiendo a Wilderson, entonces, la posición negra está subsumida en relaciones de fuerza directa. Esas relaciones de fuerza no mediadas remiten no a relaciones donde la violencia se aplica de manera contingente sino a una violencia estructural no performativa. La abyección negra es necesaria para que la estructura agresiva de la represión y sublimación de los impulsos libidinales de los blancos pueda existir. Más específicamente, el odio reprimido de los blancos hacia el padre blanco se satisface con el asesinato real y simbólico del negro. El lazo social que establece esa expulsión es una unión a través de la fobia: el miedo del niño blanco a ser devorado por el Otro negro. El Yo negro, en contraposición, es una yuxtaposición del odio a la imagen negra y amor al ideal blanco.

Tanto Edelman como Wilderson afirman, respectivamente, que la queeridad y la negritud/slaveness son posiciones de exterioridad radical del juego de los antagonismos políticos y sus articulaciones. Ambos, además, son anti-progresistas y anti-liberales en tanto rechazan una lectura evolucionista y heroica de la historia de los movimientos anti-racistas y lgbt. ¿Cómo explica Wilderson la abolición de la esclavitud, el movimiento por los derechos civiles, la creciente relevancia académica de los estudios negros? Los nombra como esfuerzos por recuperar algo de esa negatividad irre recuperable de lo negro, por convertir la abyección enmudecida del objeto en una subjetividad que, sin embargo, no pueden más que recurrir a la humanización por comparación: “¿cómo representar al negro como alguien demostrablemente humano en los términos de la ley?” (Wilderson, 2020, [la traducción es propia]).⁶ No es posible, a pesar de ellos, desimbrincar el deseo político blanco de la oscilación entre la negrofobia y la negrofilia y, tampoco, el ego negro de su ausencia atormentada por la negatividad y la de los demás, de su propio deseo de destruir la imagen negra.

Edelman produce una interpretación, en algunos puntos, similar: “la queeridad figura, (...), por fuera y más allá de sus síntomas, el lugar de la pulsión de muerte social” (2014, p. 20). Lo queer le sustrae al orden social la fe en su coherencia por su inarticulabilidad. Una inarticulabilidad que responde a su relación con lo Real, a que habita entre “el colapso del significante” y “su participación en un sistema de referencia donde se genera el significado mismo” (p.25). En Edelman, la queeridad muestra el otro lado de la política: “el lado donde la realización de la narración y su desrealización se superponen, donde las energías estimulantes se vuelven constantemente contra sí mismas; un «lado» que está fuera de cualquier lado político” (p.25). Sobre la acción política del movimiento lgbt

6 Saidiya Hartmann hace una crítica detenida sobre este mecanismo de fabricación históricamente constante de la negritud señalando que la abolición de la esclavitud significó una reconfiguración de los modos de coacción donde el dominio absoluto del amo basado en la anexión del cuerpo del negro cedió a una economía de cuerpos donde los negros no alcanzan la individualidad democrática sino que el discurso sobre su libertad refuerza una existencia agobiada donde se combinan estrategias de represión y dominación con una representación atomística de las relaciones sociales que encubre las jerarquías y exclusiones de la humanidad.

y feminista marcará, reiteradamente, cómo no pueden dejar de figurar una positivización identitaria siempre ligada a la reproducción fantasmática del Niño, a la postergación del presente en beneficio del futuro de la especie. Ambos, de manera más o menos explícita, se desinscriben de esa gramática de la política al problematizar las nociones de identidad que van asociadas a la negritud y la queeridad.

En el análisis de la negritud, Wilderson insiste en señalar las distancias abismales entre la opresión social y el sufrimiento estructural. Estas distancias, que remiten a diferencias de orden ontológico, son centrales al pensar la cuestión de la posibilidad de una política de la hegemonía negra. La respuesta del autor es bastante taxativa: el negro, un objeto fungible y acumulado, no puede existir en el plano del ser y sus jerarquías; su posición es inarticulable e incommunicable. Como el negro está afuera del mapa semiótico de la sociedad civil, fuera de la articulación de la hegemonía, la pregunta por la negritud afecta la gramática de la hegemonía, devela su imposibilidad negra. La estructuralidad del antagonismo negritud/no-negritud no es equiparable a otros antagonismos sociales y muestra, como tal, los límites de las políticas de la hegemonía. ¿Por qué la negritud no puede participar de políticas de coalición, articularse contra-hegemónicamente o integrar una relacionalidad antagónica de subalternidades? Siguiendo a Wilderson, asiáticos, latinos, mujeres blancas, etc. son articulables por sus diferencias fundamentalmente porque la contingencia de la violencia que reciben es posible por la absoluta exclusión del negro. Es decir, la tensión posicional entre subalternos se despliega por la exclusión constitutiva que supone la negritud. Esta posición estructural de la negritud explica por qué cada intento por actuar políticamente desde la raza termina subordinándola a algo que no es la raza.

La relación entre amo-esclavo es una relación de terror, no de hegemonía, porque el negro no es un término positivo o antitético sino una amenaza radical a la integridad del discurso social. El cuerpo negro es un espacio de completo desorden, situado al nivel de lo Real; el mapa de la violencia gratuita a través del cual puede ser pensable una violencia contingente sobre otros cuerpos. Como en Edelman, la queeridad no puede ser articulada en disputas por la hegemonía porque las lógicas de la política implican el sacrificio de la misma. Para el teórico afropesimista, la negritud es un programa de completo desorden que convoca a asumir la posicionalidad de sujetos de muerte social; una “invitación a la danza de la muerte social” (Wilderson, 2020, [*la traducción es propia*]). Si la hegemonía es profiláctica, porque preserva la coherencia del mundo frente a la incoherencia abyecta de lo negro, asumir la posicionalidad negra implicaría “una política de rechazo y de rechazo a la afirmación” (Wilderson, 2020, [*la traducción es propia*]). La invitación a abrazar la negatividad de Edelman, al proyecto imposible de una oposición a las lógicas de la oposición (2014).

¿UNA DIMENSIÓN GENERATIVA DE LA POLÍTICA? ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE LA NEGATIVIDAD RADICAL

Hicimos un recorrido por algunas zonas de cercanía entre dos teóricos que indagan en las políticas de la negatividad radical vinculadas a la posición abyecta de la negritud y la queeridad. Uno y otro les otorgan posiciones de completa exterioridad con respecto al orden social y político en el que se producen antagonismos y articulaciones hegemónicas y contra-hegemónicas; una imposibilidad ontológica y epistemológica radical para participar de las estabilizaciones simbólicas a la que aspiran los movimientos políticos. Sin embargo, puede resultar estimulante preguntarse a dónde nos conduce esta ontologización de la negritud o esta negativización radical de la queeridad en términos políticos, de acción política, a pesar del rechazo que manifiestan explícitamente los autores por seguir esta dirección del pensamiento. ¿Por qué el antagonismo entre seres humanos y negros, en Wilderson, es estructural, tiene un despliegue histórico, pero es ontológico y no contingente? ¿por qué afirma Edelman que la queeridad, entendida como abyección sexual y no racial, es a-históricamente disolutoria del orden social tanto como la pulsión de muerte en el plano psíquico?

Provocar este movimiento, responde a la sospecha de que en Edelman existe un proyecto político ahí dónde se desplaza de pensar la relación entre la queeridad y lo Real a convocar a lxs queer a encarnar la negatividad; a instar a lxs queer a representar la pulsión de muerte. Movimiento que también realiza Wilderson cuando invita a preguntarse cómo sería una política de lxs muertxs, qué implicaría abrazar la muerte social y ese *programa de completo desorden*. Al individuo moderno, sujeto de los movimientos liberales-progresistas, de los movimientos de emancipación y liberación sexual, le oponen una adhesión radical al presente de lo abyecto en su sentido más anti-relacional y anti-comunitario.

Sin embargo, ambos autores pivotan entre una lectura anclada fuertemente en un nivel metateórico, que no se detiene en sus vinculaciones históricas, y una puesta en funcionamiento de esa construcción realizada al modo de los estudios culturales. Esa apuesta tiende a reforzar el sentido ya otorgado teóricamente en un sentido que vuelve inimaginable otra manifestación no ligada a la corrosión y la disolución anti-comunitaria. La estructuralidad del antagonismo al que remite Wilderson es no contingente, al igual que el lacanianismo queer -lo queer como figuración de lo Real- de Edelman. Esa es la característica, su invariancia histórica, que justifica la política que el autor atribuye a la negritud. Lo que provoca la negritud es una catástrofe epistemológica que, en palabras de Hartmann, se expresa en que que “una revolución negra hace que todos sean más libres de lo que quieren ser” (Hartmann [la traducción es propia] en Wilderson, 2020, p. 30). Esa superposición entre lo real y la negritud, esa exterioridad excesiva e inarticulable, es la que convida a descartar cualquier “optimismo dialéctico” (Wilderson, 2020, p. 69) de una síntesis futura. La a-historicidad del antagonismo racial, que además tiene una necesidad semiótica, es sostenida en todos los niveles del análisis, aún cuándo se explicita la

pregunta por las distancias materiales que se pueden identificar entre la esclavitud y su abolición.

La pregunta acerca de qué podría encontrar una lectura que sitúe al antagonismo en sus configuraciones históricas y, por lo tanto, contingentes, más que de la ontología de la negritud, podría orientar la mirada hacia las lógicas que provocan la reproducción de la raza negra en lo que tienen de continuidad y de ruptura. En un movimiento afín, podríamos indagar en qué características específicas ha tenido la vinculación entre queeridad y muerte, queeridad y abyección, otorgándole carnadura a esa relación; un esfuerzo por pensar conjuntamente la relacionalidad y la anti-relacionalidad de la disidencia sexual, su sentido comunitario. La convicción de que ambas forman una comunidad psíquica pero no política puede responder más a este salto del plano metateórico y al del análisis cultural que a la imposibilidad de otorgarle un sentido comunitario o relacional a ambas posiciones.

Nos inquieta, siguiendo ese derrotero, la cuestión acerca del hacer teoría, acerca de cuáles serían las posibilidades de la teoría para pensar una queeridad o una negritud que se presenta inaccesible y arrojada a lo Real. Sin negar que hay un exceso inarticulable en ambas -¿no es acaso esa la característica de aquello a lo que le damos estatuto psíquico y/o político en relación al lenguaje?- quizás sea necesario atender a la distancia que ambos autores identifican entre negrxs y negritud y queer y queeridad. Especialmente con la intención de evitar, además, una historización velada donde queriendo mover la reflexión en el nivel ontológico, en un caso, y psicoanalítico, en otro, se universalicen las características de las opresiones raciales y sexuales del contexto de producción de los autores. El antagonismo estructural humano/no-humano, por ejemplo, tiene en algunas feministas decoloniales otra configuración porque remite a la intrusión colonial, la disolución del clan y la invención de la mujer (Oyewumi, 2017; Lugones, 2008), relaciones profundamente imbricadas con una epistemología blanca pero de manera contingente y no universal.

Esa distancia poco explorada que encuentran entre las presentaciones históricas de la diferencia sexual o racial (lxs queer en Edelman, el movimiento por los derechos civiles o la relevancia académica de los estudios negros en Wilderson) y las posiciones radicalmente exteriores de la queeridad y la negritud puede guiar una aproximación política a las capacidades generativas, afectivas y comunitarias en las que pensar formas de lo comunitario además de posiciones anti-relacionales. Una pista para seguir en las dos propuestas tiene que ver con la función parasitaria de la blancura y la heterosexualidad. A contramano de la insistencia en mantener a la queeridad y a la negritud como pura negatividad, la definición de que son necesarias para el mantenimiento de la coherencia del mundo, podría servir para explorar la capacidad generativa y afectiva en un sentido epistemológico pero también histórico. La indistinción sexo-genérica de la negritud podría indicar, al mismo tiempo que su expulsión al ámbito de lo no-humano, otro modelo de relacionalidad, otras formas de parentesco que no se definen sólo en oposición a la socialidad blanca. Complementariamente, la identificación de la queeridad con la abyección

(no-conyugal, anti-familiarista, no-reproductivista) podría indicar también alianzas afectivas que no están en el horizonte – en un sentido optimista dialéctico – sino *entonces y allí*⁷ (Muñoz, 2020).

REFERENCIAS

BERNINI, Lorenzo. **Las teorías queer**. Una introducción. Barcelona: Egales, 2020.

BERSANI, Leo. ¿Es el recto una tumba? In: LLAMAS, Ricardo (comp.) **Construyendo sidentidades**: estudios desde el corazón de una pandemia. Madrid: Siglo XXI, 1995.

EDELMAN, Lee. **No al Futuro, la teoría queer y la pulsión de muerte**. Barcelona: Egales, 2014.

EDELMAN, Lee. **Bad Education**: Why Queer Theory teaches us Nothing. Durham: Duke University Press, 2023.

FANON, Frantz. **Piel negra, máscaras blancas**. Madrid: Ediciones Akal, 2009.

LUGONES, María. Colonialidad y género: hacia un feminismo decolonial. In: MIGNOLO, Walter (comp.). **Género y decolonialidad**. Buenos Aires: Ediciones del signo, 2008. p. 13-54.

MUÑOZ, José Esteban. **Utopía Queer**: el entonces y allí de la futuridad antinormativa. Buenos Aires: Caja Negra, 2020.

OYEWUMI, Oyèrónk. **La invención de las mujeres**. Una perspectiva africana sobre los discursos occidentales del género. Bogotá: Editorial de la frontera, 2017.

SEXTON, Jared. **Amalgamation schemes**: Antiblackness and the critique of multiracialism. Minneapolis: University of Minnesota Press, 2008.

SPILLERS, Hortense. Mama's Baby, Papa's Maybe. An American Grammar Book. In: STRYKER, Susan; BLACKSTON, Dylan McCarthy. **The Transgender Studies Reader Remix**. New York: Routledge, 2023.

⁷Nos referimos al uso que hace Muñoz del *entonces y allí* aludiendo a un momento o lugar que puede ser futuro o pasado de la enunciación, intentando comprender al pasado como un espacio sólo contingentemente estabilizado, con zonas que pueden activarse o desactivarse en lo que percibimos como nuestro presente y al futuro como territorio de lo todavía no consciente.

WILDERSON III, Frank B. **Red, white & black:** Cinema and the structure of US antagonisms. London: Duke University Press, 2010.

WILDERSON III, Frank B. **Afropessimism.** An introduction. New York: Liveright, 2020.

(Recebido para publicação em 30 de maio de 2024)

(Aprovado para publicação em 7 de junho de 2024)